

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO VI. }

MÉXICO, ENERO 15 DE 1876.

{ NUM. 100.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION SEXTA.

(Continuacion de la precedente.)

CULTIVO DE LA VIÑA, DEL TRIGO.—AMOR DE LA PATRIA.

Las vendimias están terminadas. Octubre, el mes de las canciones, de las danzas; Octubre, el mas risueño de los meses en estos climas, huye y nos abandona. Huye, llevándose tras sí sus abundantes y sabrosos frutos, sus largas y bellas veladas, la loca alegría que con él vino.

Huye, para dejar su puesto á un cortejo mas pacífico, á un sol mas velado, á Noviembre!

Salud, mes de las escarchas! Este nombre te per-

tenece, en las nebulosas provincias del Norte, donde te presentas sombrío y helado; mas no en la comarca que yo habito, en la patria feliz que he vuelto á encontrar! Ven con tus guirnaldas de flores tardías y amarillentas hojas, con el murmullo de tus brisas, con la tinta indecisa de tu cielo vaporoso, con tus nubes de vagos contornos y tu tristeza tierna y amable como un recuerdo de la pasada dicha!

Mes de los largos paseos solitarios; mes de recogimiento y meditaciones, yo te bendigo! Si bien es cierto que yo te he amado siempre, si tus pámpanos envejecidos, tus colinas extensas de frescura, tus árboles despojados de sus galas, me han encontrado mas sensible á sus melancólicos encantos, que el Mayo de embriagadores goces, que el lindo padre de las flores, no me traigas ¡oh Noviembre! sino dulces embelesos, tristes como tú, pero no acerbos dolores: no seas para mí la época temida de una separacion llena de angustias!

Y tú, oh Lusitania! donde me llama acaso mi destino, ¡con qué trasportes saludaria tus plácidas orillas, si para verte no fuera menester arrancarse á tan caras afecciones! Dulce es respirar en tus brisas suaves las emanaciones del nevado azahar; dulce el ver entreabrirse, á los rayos de tu ardiente sol, la

granada purpurina y la amarga oliva de tus bosques. Dulce es recorrer las orillas de ese Tajo que Byron ha cantado, subir tus montañas de mármol y granito, y pasear en tus fértiles llanuras, que cubren el serval, el abedul, el sombrío alerce; que embalsaman la jara, el mirto y el romero, y esmaltan mil plantas deslumbradoras como el plumaje de las aves de los trópicos. Grato me fuera ver otra vez esa Lisboa tendida sobre sus verdes colinas, esa antigua *Olisipo*, dos veces casi completamente sepultada, y dos veces salida de sus cenizas, jóven, embellecida, cual el insecto rastrero que, despues de una pasajera muerte, renace adornado con los mas vivos colores, gracioso y brillante como la flor que el céfiro arrebató en sus juegos. Bien me placiera ver ese puente de Alcántara, obra maestra de Mansel de Moya, y orar en la capilla de *Nossa Senhora dos Terremotos*.

Pero estos goces dejan de serlo cuando se compran con un triste destierro. Por hermoso que sea el cielo bajo el cual el destino os coloque, ningun país tiene los encantos del que nos vió nacer.

Mirad esos alegres collados! aun penden en ellos algunos racimos, que los vendimiadores arrancan sin interrumpir sus festivos cantos.

Cada uno de esos risueños grupos de hombres, de

mujeres, de niños, esparcidos por las empinadas vertientes de nuestras colinas, parece un eujambre que zumba suspendido del tronco de una vieja encina, ó de las paredes perpendiculares de una roca secular que el torrente ó las lluvias del invierno han desgastado.

En medio de esos vendimiadores, activos y gozosos, la jóven Valeria, llevando como ellos un cesto en el brazo y un cuchillo en la mano, va, viene, canta, y mas ágil, mas viva, mas alborozada que una ardilla, salta de roca en roca, de terraplen en terraplen.

Un poco mas arriba, Elvira, sentada sobre una cornisa de rocas calcáreas que se extienden como una ancha balaustrada en la cima del monte, bosqueja la animada escena que la rodea.

Desde allí abraza de una sola mirada la doble cadena de colinas, y el estrecho y tortuoso valle que se extiende y serpentea por entre ellas como el antiguo cauce de un rio desecado.

Las sombras envuelven ya el valle y las colinas; pero los álamos alzan sus cabezas piramidales casi hasta el nivel de las colinas, buscando los últimos rayos del sol que se detiene sobre ellos, rodeando de una brillante aureola sus amarillentas frentes.

La sombra aumenta sin embargo, y sube mas y mas á los collados. El astro del dia se aleja, huye resbalando al parecer sobre la vertiente posterior de la cordillera que limita el horizonte al Occidente. Su disco desciende poco á poco, y al fin se ve solo un arco brillante, que disminuye gradualmente.... Desaparece al fin.... Algunos puntos aislados, algunos picos de rocas desnudas, reflejan aún, como los fragmentos de un espejo roto, los rayos lejanos del astro que nos abandona. Entre las montañas y el cielo se ven, en fin, flotar algunos resplandores inciertos, vacilantes como la moribunda claridad de una llama que se extingue.

Al ver cercana la hora que debe poner fin á sus trabajos del dia, los vendimiadores han redoblado su celo, su actividad y su alegría. Empezaron con la aurora su fatigosa tarea, la continuaron *con el peso del calor* durante el dia, y solo el último reflejo del crepúsculo habrá de terminarla.

Y sin embargo, entremos en esa pieza ahumada. En vez de buscar en el sueño el descanso de sus trabajos, hombres, mujeres y niños, levantados desde la primera alborada, bailan con tanto ardor y contento como la dama á la moda que, levantada apenas cuando el sol mediaba su carrera, ha esperado la hora del baile sentada en su otomana ó delante de su tocador. Casi no se han detenido lo necesario para tomar en derredor de una mesa y á la luz de una lámpara negra y sombría ó de una humosa tea, el escaso y grosero alimento que su corto jornal les permite. El padre comun de los hombres ha querido que todas las clases, todas las condiciones, tengan momentos de goces; que haya felicidad para todos! En el desierto colocó un oasis; sobre el escollo batido por las tempestades hizo brotar una flor; bajo la punzante espina ocultó la rosa de suave perfume; para los corazones doloridos crió la esperanza.

Esas pobres gentes, cuyo estado habitual es la fatiga, hallan un verdadero goce en la suspension de sus trabajos. Ese momento de descanso ó mas bien de libertad que dan á sus brazos laboriosos; esos alimentos sencillos con que reparan sus fuerzas agotadas; esas conversaciones y esos juegos que ponen en contacto á unos con otros, les proporcionan goces que serán siempre desconocidos al rico indolente. Cobrad ánimo, hijos de las cabañas! Si, jóvenes aún, ganais con trabajo vuestro pan, si os están vedados alimentos delicados, vestidos elegantes, juguetes costosos, acordaos de que, en vez de estos fútiles bienes, Dios nos dá casi siempre otros infinitamente mejores, y por tanto preferibles: la salud, la alegría, y sobre todo, mayor industria, mas fuerza de alma y mas perseverancia que no podrá tener jamás el niño cuya cupa rodeó el lujo, y cuyos deseos, cuyos caprichos, fueron prevenidos, obedecidos como una ley!

Después de haber tomado parte durante algunos momentos en la bulliciosa alegría que reinaba en su casa, M. de Montrol se retiró á uno de los com-

partimientos mas retirados de su antigua quinta. Su hija, sentada sobre sus rodillas, le decia:

—La cosecha de uva es muy buena este año: ¿no es verdad, papá?

M. de Montrol.—Sí, hija mia. Hace mas de diez años que no he visto una tan abundante. Ahora nos quedan que cumplir dos deberes: el primero, dar gracias á Dios que se digna bendecir nuestros trabajos; el segundo, recompensar á un servidor celoso.

Valeria.—Papá: ya han recibido su salario todos los vendimiadores. Matías les ha pagado.

M. de Montrol.—No hablo de los vendimiadores, sino del mismo Matías, el cual ha cuidado mis viñas, durante todo el año, con un celo, una actividad y una inteligencia notables.

Valeria.—Aunque veo trabajar en las viñas durante todo el año, no sé en verdad lo que se hace en ellas hasta el momento de la vendimia. ¿Quiere vd. decírmelo, papá?

M. de Montrol.—Con mucho gusto, hija mia.... Pero, mira: ahí tienes uno que, cuando ménos, te lo dirá tan bien como yo.

Valeria.—Venga vd., Matías, venga vd. acá. Dígame vd. cómo se cultiva la viña?

Matías.—Ya por este año está todo concluido, mi querida señorita; las uvas están ya en el lagar.

Valeria.—Sí, pero vá vd. á comenzar los trabajos para la cosecha del año próximo. ¿Qué vá vd. á hacer para eso?

Matías.—Primeramente vamos á *podarla*, que es, cortar todos los sarmientos ménos uno. Luego, cuando ha llovido un poco, se *amugrona*, es decir, se reemplazan las cepas que son ya viejas ó que han perecido por enfermedad ú otra causa. Esta operacion se ejecuta de este modo: se escoge la cepa mas robusta entre las que se encuentran próximas al sitio en que se vá á reemplazar otra ú otras cepas, y se abre *la caja*, que es un hoyo con tantos ángulos como cepas hay que renovar; los ángulos deben alcanzar hasta el lugar que ocupaba cada una de las cepas viejas. Hecho el hoyo, de dos ó tres piés de profundidad, se *acuesta* la cepa escogida para amugronar, cuidando que cada uno de los sarmientos, que á este efecto se le han dejado, vaya á parar á uno de los ángulos, incluso, por supuesto, el del sitio que ocupaba la cepa que amugrona. Se la cubre con un poco de estiércol, y por último se terraplana el hoyo.

Cuando llega la semana de Pascua se comienza la *cava*: cuando se concluye, se *bina*, es decir, se *cava segunda vez*. A fines de Mayo, se *despampana*, y en seguida se escarda.

En fin, llegado el segundo domingo de Junio, se dice una misa en la capilla de NUESTRA SEÑORA; se la ruega con grande devocion que no haya tormentas ni granizos, y se espera luego con confianza que el fruto madure.

Valeria.—Y el trigo, ¿cómo se cultiva?

Matías.—A fe mia, señorita, eso es menester preguntárselo al tío Pepe, que su papá de vd. ha tomado para capataz de su hacienda de *los Cerrillos*. Yo no soy mas que viñadero.

M. de Montrol.—¿No has visto, cuando estábamos en Buena Vista, que los bueyes tiraban de un arado, que un hombre los guiaba armado de una vara larga, terminada en una punta acerada, y que hacian en la tierra unos surcos profundos y regulares? pues eso se llama *avar*. De ordinario se *dan tres rejas*, es decir, se *ara tres veces* ántes de sembrar. Luego se tira el grano en los surcos, y se cubren ligeramente. El centeno se siembra del mismo modo.

El trigo y el arroz son los dos vegetales de que los hombres hacen mas uso. En todo el Levante se consume mas arroz que trigo; por lo demás, Dios nos ha dado un gran número de vegetales farináceos, que se considera son el alimento mas saludable. El centeno, el maíz, las patatas, reemplazan en muchos países al trigo y al arroz: las castañas pueden sustituirlos tambien. Por último, hay países donde crece un árbol cuyo fruto reemplaza perfectamente el pan.

Valeria.—Papá: me parece que Buena Vista es

un paraje muy lindo; el caserío es nuevo; ¿por qué no habitamos en él con preferencia á este de Montrol, tan viejo y tan sombrío?

M. de Montrol.—Hace mucho tiempo que Montrol corresponde á mi familia, y una multitud de recuerdos me lo hacen estimable y aun querido. Aquí fué donde nací, aquí corrió mi infancia, aquí descansan mis padres y no pocos de mis abuelos; tú misma naciste aquí, mi querida Valeria! Eres aún muy pequeña para saber qué influencia ejercen en nuestro corazon estos recuerdos y cómo nos ligan á una propiedad; algun dia lo sabrás: estos son sentimientos naturales.

Valeria.—Ya comprendo algo de ellos, papá; porque á pesar de lo que decia hace un momento, me parece, bien pensado, que me aburriría en Buena Vista si estuviera allí mucho tiempo. Mucho me aburrí en la ciudad, cuando estuvimos en ella, y no me complazco en ninguna parte tanto como en Montrol.

M. de Montrol.—Ese amor, esa necesidad del suelo natal, es para algunos nobles corazones una passion devorante, indomable: necesitan satisfacerla ó morir. Recuerdo haber leído una historia tiernísima de una jóven francesa, á quien esta heroica debilidad condujo al borde del sepulcro. Su alma, que habia soportado las mas horribles desgracias, no pudo sobrellevar el destierro. Después de haber perdido trágicamente á todos los suyos, habiéndose ella salvado por milagro, esta jóven se hallaba en seguridad y rodeada de los mas tiernos cuidados de la amistad en una pequeña ciudad de Alemania; pero pronto se la vió desmejorar: su razon pareció turbada; sus ojos, anegados en llanto, estaban siempre fijos en un dibujo que representaba la casa rústica donde habia nacido en las orillas del Loira; sus lábios descoloridos y convulsos, solo dejaban escapar estas palabras, articuladas con lentitud, y con un acento de profundo dolor: *Oh! la Francia! yo quiero volver á ver la Francia!*

Un médico experimentado, á quien se invitó para que la asistiese, declaró que era indispensable enviarla á su país, ó resignarse á verla morir al cabo de pocos dias. «En vano es que la aguarden en Francia mil peligros, dice el sábio doctor; es forzoso que parta. Con el auxilio de un disfraz, de un nombre supuesto, es posible engañar á sus verdugos; hay al fin probabilidades de salvarla. Mas de permanecer, no hay medio alguno para combatir la suerte que la espera: el mal de que sufre, el mal del destierro, no tiene cura y produce sufrimientos inexplicables.»

En fin, la trajeron á Francia, y quedó curada casi al instante.

Uno de los mas célebres poetas de nuestros dias fué obligado á dejar su país, donde su alma apasionada no habia hallado mas que crueles decepciones; y habiendo acabado, tras largos dolores su errante destino, no dijo como el Romano: *Ingrata patria! no poseerás mis huesos!* Quiso, por el contrario, que su féretro, viajero como él, atravesase los mares para ir á reposar cerca de su cuna.

Los inspirados cantores de Sion tienen acentos de una inefable tristeza y de una melodía sobrehumana, cuando lloran su destierro.

Muchos poetas modernos han procurado inspirarse en la meditacion de tan sublime asunto, y algunos han dejado oír acordes inmortales que resonarán en los siglos como los del arpa de David.

La corneja, el halcon y el ermitaño.

(FABULA.)

Cierto santón eremita
De los que en moriscas tierras
Comentan el Alcorán
Por vivir á costa ajena,
Iba pidiendo limosna
De una aldea á otra aldea,
Cuando á su oído llegaron
Las tristes y amargas quejas
De una tierna cornejilla,
Que dejaron por la cuenta

Abandonada en su nido
 Sus padres á la inclemencia.
 Estábala mi santón
 Viendo alargar la cabeza,
 Desnuda casi de pluma,
 Cuando de repente observa
 Que un halcón desde las nubes
 Las alas bate ligeras,
 Y á la huérfana avecilla
 Sustento en su pico lleva.
 —¡Oh! cuán grande dice entónces,
 Y sábia es la Providencia,
 Pues hace á un halcón piadoso
 Porque esa ave no perezca.
 Y yo, ménos confiado,
 ¿Por conservar mi existencia
 He de mendigar así?
 Alto, amigo; más fé tenga,
 Y deje su suerte á cargo
 De quien en cuidar se esmera
 Del mas despreciable insecto.

Con efecto, allí en la yerba
 Se tiende, y á contemplar
 Profundamente comienza
 El gran órden de las cosas,
 Hasta que la tarde llega
 Y siente algun apetito,
 Sin ver, ni léjos ni cerca,
 Halcón alguno: no importa,
 Dice con extraña flemma;
 Si no trajo la comida,
 No faltará con la cena.
 Tampoco el halcón parece:
 A dormir, pues, y paciencia,
 Que el almuerzo que me traiga
 Satisfará mi indignancia.
 Amanece, sale el sol,
 Entra el día: ni por esas;
 Para él no hay halcón que traiga,
 Al paso que á la corneja
 A todas horas el suyo
 Tiene provista la mesa.
 —Mucho aprieta el hambre ya:
 Se durmió la Providencia,
 Y mi estómago y mi fé
 Ya por instantes flaquean.

Esto decía entre sí,
 Cuando oye que allá en su lengua
 A su pupila exhortaba
 El halcón de esta manera:
 —Mientras que tú no pudiste
 Procurar tu subsistencia,
 Mi compasión te la trajo;
 Pero una vez que te encuentras
 Con fuerza para buscarla,
 La obligacion mia cesa,
 Y la tuya, de buscar
 Con que mantenerte, empieza;
 Pues aquel que no trabaja
 Es muy justo que padezca.
 —Zapel! dijo mi santón,
 Alzándose con presteza;
 Mucho vale un buen consejo:
 Por Alá que erré la cuenta;
 Mas cuenta errada no valga,
 Y empecemos vida nueva.

LOS JUEGOS.

LA PALOMA DE SAN MÁRCOS.

Luis XII, rey de Francia, despues de haber sufrido algunos desastres en Italia, acababa de vencer á los venecianos en la batalla de Agnadel, en la que el mismo rey cargó á los enemigos, diciendo á sus soldados que tenían miedo, que fuesen en pos de él. —Esta batalla fué decisiva y produjo grandes resultados: en ella quedó prisionero Bartolomé de Alviano, uno de los generales enemigos; la mujer y los niños del conde Petiliani, otro general, fueron encontrados en el campo, de donde no habían podido huir por ser la derrota tan completa. Todas las ciu-

dades de Italia se apresuraban á someterse al rey de Francia, á quien estos triunfos no lisonjaban. Luis, dueño de todo el Milanesado, discurría una nueva conquista, y esta era la de Venecia, la reina y la esposa de los mares. Solo una traicion podia hacerle dueño de ella, y ocultaba con el regocijo de las fiestas sus preparativos contra la terrible ciudad venecida.

La mas espléndida de todas las funciones á que asistió fué dispuesta por Juan Jacobo Trivulcio, señor milanés, á quien habia hecho mariscal. A estas fiestas asistian doscientas damas, toda la corte del rey, y la principal nobleza de Italia. Ciento setenta maestrasalas dirigian la comida, y la servian doscientos criados vestidos de raso y terciopelo. El rey rompió el baile con la marquesa de Mantua y hasta bailaron muchos cardenales y prelados, conforme lo permitia el uso de Italia.

Lo condesa Petiliani, á pesar de haber sido convidada, no se presentó en la fiesta, porque su posicion no se lo permitia. Al dia siguiente, cuando los jardines del palacio Trivulcio quedaron en su soledad acostumbrada, la condesa bajó con sus hijos y se dirigió á un sitio retirado, donde sin distraccion pensase en los males de su patria. A su lado estaba su hija Estéfana, la que con su hermanito jugaba con una paloma que les habian enviado de Venecia. La habian puesto por nombre Blanca y recibia mil caricias de los niños; pero estaba triste y léjos de sus hijitos, y de cuando en cuando aleteaba como para volar hácia ellos. ¡Pobre madre sin hijos!

La condesa no estuvo mucho tiempo sola en el banco de mármol donde se habia sentado. Vino á acompañarla la esposa de Trivulcio, la que, como su marido, estaba á favor del rey de Francia, pero que conservaba todas sus simpatías de italiana. Padece en secreto al ver su hermoso país asolado por los extranjerios del Norte, porque en aquella época los franceses para los italianos eran todavía un poco bárbaros. La víspera habia sorprendido un importante secreto. Habia sabido que un cuerpo de tropas mercenarias que la serenísima república de Venecia tenia á su servicio, la guardia walona, habia sido ganada por las promesas del rey de Francia, y debia entregar sus puestos al ejército francés en el momento que se presentase. La esposa de Trivulcio se habia estremecido al pensar que Venecia, el último baluarte de la libertad italiana, iba á recibir guarnicion extranjera y ser la esclava humilde del rey de Francia. Así, no titubeó en revelar este secreto á la condesa Petiliani, y las dos señoras buscaban con desesperacion algun medio de avisar á la república el peligro que le amenazaba; mas no encontraban ninguno. No habia que perder tiempo, porque los franceses se habian puesto en marcha sin excitar las sospechas de Venecia, que se iba á ver cercada de enemigos como por una red impenetrable.

Estéfana, sentada á algunos pasos de allí, habia oido toda la conversacion de su madre y notaba sus angustias al ver pasarse el tiempo sin hallar remedio. Estéfana era una niña que hasta entónces solo se habia ocupado de sus juegos, sin inquietarse por lo que hablaban á su lado; pero esta vez comprendió de repente el asunto sério de que se trataba, y la necesidad del momento engrandeció su inteligencia. Se levantó, y seguida de su hermanito que se agarraba á su vestido, se acercó á su mamá, siempre con la paloma en la mano, y la dijo:

—Cuando mi papá volvia de la guerra me ponía sobre sus rodillas y me contaba una historia. Cuando yo era pequeñita, me decía que los sarracenos, para comunicarse sus noticias á mucha distancia, se llevaban al marcharse de un sitio, palomas separadas de sus hijitos; despues, cuando llegaban muy léjos, muy léjos, ataban con un hilo encarnado una carta bajo el ala de las pobres avecillas, que se volvia al instante con sus hijitos. Aquí está mi paloma (y suspiró al presentarla)..... Si se hiciera la prueba..... Blanca volveria con sus hijitos..... sería feliz, ¿no es verdad, madre mia?

Las dos señoras creyeron que Dios les hablaba por boca de la niña, é hicieron cuanto indicaba. La paloma voló llevando bajo sus alas la salvacion

de Venecia, y Dios la guiaba en efecto, porque fué á pararse en la misma plaza de San Márcos en el momento en que un miembro del consejo de los Diez salia del palacio ducal. Se la llevaron..... Todos los puestos avanzados de la guardia walona fueron relevados y reforzados, de modo que al llegar el ejército francés á vista de Venecia, la encontró en buen estado de defensa. El rey Luis, despues de haberla contemplado tristemente desde léjos, hizo disparar contra ella toda su artillería, solo porque se dijese que Luis XII habia cañoneado á la inconquistable ciudad de Venecia.

El senado, agradecido, mandó que la paloma y sus pichoncitos fuesen alimentados perpétuamente en la plaza de San Márcos. El nombre de Estéfana Petiliani y el de Blanca, libertadora de la ciudad, fueron escritos en el libro de oro.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO VIII.

REGLAS DIVERSAS.

(Concluye.)

XXIII

Tan solo en conversaciones privadas, y autorizados por una íntima confianza, podemos permitirnos tutear ó tratar de *usted* á aquellas personas á quienes por su carácter ó por su empleo se deba un tratamiento especial. En órden á esto, tengamos presentes las prescripciones contenidas en el párrafo XXVII de la sec. 6.^a, y el XVII de la sec. 7.^a del art. 3.^o

XXIV

Seamos severamente puntuales en asistir siempre á toda reunion de que hayamos de formar parte, á la hora que se nos haya señalado y en que hubiéremos convenido. En ningun caso tenemos derecho para hacer que los demás aguarden por nosotros; y siempre será visto como un acto de irrespetuosa descortesía el concurrir tarde á un aplazamiento cualquiera.

XXV

Mientras una persona que ha perdido uno de sus deudos se halla en la época del luto riguroso, es altamente impropio y ofensivo á la memoria del difunto, que asista á festines ú otras reuniones de placer, que cante, toque ó tome parte en cualquier pasatiempo que se promueva en la sociedad en que se encuentre; y segun sean los lazos que la hayan unido á la persona cuya pérdida ha experimentado, las circunstancias que hayan hecho esta desgracia mas ó ménos lamentable, y la naturaleza del entretenimiento á que pueda verse excitada, así deberán ser las privaciones de esta especie á que deba someterse aun en la época del medio luto. Seria, por ejemplo, no solo impropio sino extravagante y odioso, el que una mujer ó un hombre á quien la muerte ha arrebatado su consorte, apareciese en esta época tomando parte en un baile.

XXVI

Acostumbrémonos á ejercer sobre nosotros todo el dominio que sea necesario para reprimirnos en medio de las mas fuertes impresiones. Las personas cultas y bien educadas no se entregan jamás con exceso á ninguno de los afectos del ánimo; y sean cuales fueren los sentimientos que las conmuevan, ellas aparecen mas ó ménos serenas, con mas ó ménos fuerza de espíritu, pero siempre moderadas y discretas, siempre llenas de dignidad y decoro. Los gritos descompasados del dolor, de la sorpresa ó del miedo, los saltos y demás demostraciones de la alegría y del entusiasmo, los arranques de la ira, son tan característicos de las personas vulgares, como la impasibilidad, la indiferencia y el indolente estoi-

cismo, de las personas de mala índole y de una alma innoble y sombría.

XXVII

Es altamente impropio que los esposos se hagan en sociedad demostraciones de preferencia y de ternura, que hablen á solas detenidamente, ó que aparezcan siempre el uno junto al otro, ya sea que se encuentren en su casa ó fuera de ella, (pár. VIII, del art. 12.)

XXVIII

Evitemos incurrir en la vulgaridad de deprimir las cosas del tiempo presente, considerándolas siempre inferiores á las de los tiempos pasados. A medida que se avanza en edad, se vá adquiriendo mayor propension á contraer esta mala costumbre.

XXIX

Huyamos de toda propension á la suspicacia y á la cavilosidad. Estas son propiedades antisociales, que endurecen el carácter del hombre hasta el punto de hacer su trato insoportable; y condenándole al tormento de no encontrar nunca sinceridad ni aun en sus mas adictos amigos, convierten su corazón en un depósito de amargura que envenena su existencia entera. Bueno es que nos pongamos á cubierto de las insidias y traiciones de los hombres, por medio de una juiciosa y prudente desconfianza, y no entregándonos ciegamente á una amistad aún no probada en el crisol del tiempo ó de la adversidad; mas no por eso nos es lícito alimentar respecto de nadie preveniciones ó sospechas, por actos precipitadamente juzgados, ó por un mero espíritu de desconfianza universal.

XXX

También debemos huir de impresionarnos fácilmente de los relatos exagerados ó calumniosos, con que las almas viles gustan de malquistar á las personas que se tratan con amistad. El que procura inspirarnos desconfianza de nuestros amigos, sin tener para ello una misión legítima y una intención evidentemente sana (pár. XVIII del art. 7º), no merece por cierto que demos crédito á sus palabras; y aunque encontremos verosimilitud en los hechos que nos refiera, procedamos con calma y con prudencia, pues el calumniador es rara vez tan torpe y tan precipitado que no cuide de vestir sus calumnias con todas las apariencias de la realidad.

XXXI

Tiene el hombre tal inclinación á vituperar los defectos y las acciones de los demás, que solo el freno de la religión y la moral y los hábitos de una buena educación, pueden apartarle del torpe y aborrecible vicio de la murmuración. Y en efecto, una persona verdaderamente culta y bien educada, jamás se ocupa en decir mal de nadie; y ve por el contrario con horror, y como una ofensa hecha á su propia dignidad, las expresiones que directamente ceden en menoscabo de la reputación y buen nombre de los ausentes, así como aquella falsa compasión tras la cual oculta el murmurador su malignidad, cuando, por respeto á los presentes, se lamenta de los ajenos defectos con la intención encubierta y alevosa de publicarlos, (pár. IV, del art. 1º)

XXXII

La vanidad y la ostentación son vicios enteramente contrarios á la buena educación. La persona que hace alarde de sus talentos, de sus virtudes, de sus riquezas, de su posición social, de la extensión é importancia de sus relaciones, etc., etc., manifiesta poseer un carácter poco elevado, y se desconcierta completamente para con aquellos que saben medir el mérito por la moderación, el desprendimiento y la modestia, que son sus nobles y verdaderos atributos.

XXXIII

Nada puede haber mas indigno de una buena educación que el faltar á la verdad, sobre todo cuando esto se hace por costumbre. La mentira, no solo degrada y envilece el carácter del hombre, y le des-

poja del derecho de ser creído aun cuando hable la verdad, sino que le dispone naturalmente á la calumnia, que es una de las mas torpes y odiosas faltas con que puede injuriarse á Dios y á la sociedad. Y es por esto que el acto de desmentir á una persona, ó de dudar siquiera de la realidad de lo que afirma, se ha considerado siempre como un insulto gravísimo, que no hace jamás á nadie el hombre culto y bien educado, (pár. XII, de la sec. 5ª)

XXXIV

La franqueza es una virtud social que estrecha los corazones unidos por lazos de afecto y benevolencia, y patentizando los verdaderos sentimientos del hombre, constituye la mas sólida garantía de la amistad. Pero pensemos que esta virtud degenera en un vicio desde el momento en que se la exagera, y que la persona que llegue á acostumbrarse á manifestar á los demás todo lo que sobre ellos piensa, ofenderá á cada paso el agente mas delicado é impresionable del alma, que es el amor propio, alejará á sus mas adictos amigos, y concluirá por hacer su trato insoportable. La franqueza, para que sea una virtud, debe estar siempre acompañada y dirigida por la prudencia.

XXXV

La generosidad es otra virtud social, enteramente inseparable de la buena educación. Y á la verdad, ¿qué impresiones agradables puede producir en sociedad el hombre mezquino, el miserable que prefiere ver sufrir al indigente, dejar de obsequiar á sus amigos, y carecer de las comodidades mas necesarias de la vida, á desprenderse de una cantidad de dinero de que puede disponer sin quebranto? ¿Y cuán digna no es, por el contrario, la conducta de aquel que, sin exceder los límites de la prudencia, socorre al necesitado, proporciona goces y distracciones á sus amigos, y se trata á sí mismo con aquella decencia que sus facultades le permiten? La prodigalidad y la disipación son ciertamente contrarias al bienestar de las familias, y los intereses de la industria y de la riqueza pública; mas, sea dicho sin rebozo, la mezquindad y la miseria degradan completamente al hombre, endurecen su carácter, vulgarizan sus modales, y le hacen indigno de pertenecer á la buena sociedad.

XXXVI

La igualdad en el trato es uno de los mas importantes atributos de la buena educación. Es altamente desagradable y embarazoso cultivar relaciones con una persona que se muestra á veces afable y complaciente, á veces displicente y terca, ya comunicativa y sociable, ya silenciosa y reconcentrada.

XXXVII

También es propio del hombre bien educado el ser consecuente en la amistad. Son únicamente las personas versátiles y vulgares las que, sin mediar causas legítimas, abandonan ó interrumpen el trato con sus amigos, ó omiten aquellas demostraciones que en determinadas circunstancias exige la etiqueta, ó se esperan naturalmente de los sentimientos de afecto y benevolencia.

XXXVIII

Jamás nos manifestemos ofendidos con una persona porque no se muestre dispuesta á estrechar relaciones con nosotros. A mas de ser esto de muy mal tono, y de indicar que aceptamos como posible el que se nos rechace por un sentimiento de menosprecio, lo cual revela siempre poca seguridad de merecer la ajena estimación, semejante conducta seria injusta en la generalidad de los casos, por cuanto el que, sin hacer ninguna ofensa á la dignidad y al carácter de una persona, rehusa estrecharse con ella, tiene siempre en su favor la presunción de que no procede por desafecto, sino ya por la imposibilidad de aumentar los deberes especiales que tiene contraídos en la sociedad, ya por inconvenientes privados, que á ninguno le es lícito investigar ni ménos suponer le sean ofensivos.

XXXIX

No veamos nunca con indiferencia la discordia entre personas que se han tratado y á quienes tratamos nosotros con verdadera amistad. Procuremos siempre enterarnos discretamente de la historia de sus disensiones, y si vemos que su reconciliación no es absolutamente imposible, no desaprovechemos ocasiones tan bellas de servir á nuestros amigos, ejerciendo entre ellos los nobilísimos oficios de mediadores. ¡Cuántas veces desearán ellos aproximarse y echar al olvido sus diferencias, y tan solo se encontrarán detenidos por puntillos de honor y de amor propio, que fácilmente puede hacer desaparecer la mediación de un tercero! Grande, en verdad, debe ser nuestro tacto para proceder en tales casos de manera que las personas desavenidas queden por una y otra parte satisfechas, y que un paso mal meditado, una sola expresión imprudente no vaya á producir una sensación desagradable en ninguna de ellas; pero objeto tan noble bien merece que le consagremos especiales cuidados, y que no omitamos esfuerzo alguno por llenarlo digna y decorosamente, eligiendo para ello los medios mas propios y aprovechando las mas favorables coyunturas (párrafo IX del art. 11—pár. VI del art. 4º). La indiferencia en los casos de fácil ó posible avenencia, probará siempre poco afecto hácia los amigos que se encuentran desacordados.

XL

Es tan solo propio de personas vulgares y destituidas de todo sentimiento de moralidad y pundonor el pedir dinero prestado ó hacer compras á crédito en los establecimientos mercantiles ó industriales, sin tener la seguridad de pagar oportunamente. La propension á usar de un lujo superior á aquel que permiten los propios recursos, y el absurdo conato de elevarse sobre la posición que realmente debe ocuparse en la sociedad, son los móviles de esta indigna costumbre, que á veces llega á precipitar al hombre en la carrera de los crímenes, y que tan funesta influencia ejerce en los intereses generales del comercio y de la industria.

XLI

Uno de los mas sagrados deberes que la religión, la moral y la misma naturaleza nos imponen, es el de dar á los niños que nos pertenecen una educación que les abra y allane el camino de su felicidad, y los haga al mismo tiempo útiles á su familia y á su patria. Nuestra educación se refleja siempre en la educación de los niños que dirigimos; así es que cuando éstos observan una conducta desarreglada, cuando faltan al respeto debido á sus mayores, cuando de alguna manera se hacen molestos á sus vecinos ó á cualquiera de las personas á quienes se acercan, cuando visten con un lujo impropio de su edad, cuando maltratan á los animales, cuando fuman ó aparecen dominados de algun vicio, y por último, cuando no poseen aquellos conocimientos que son indispensables en los primeros años, con razón se forma una idea altamente desventajosa de nuestro carácter, de nuestra educación y de nuestras costumbres.

Los ojos.

(FABULA.)

Los ojos, si miran bien,
De ojos allá, lo ven todo;
Mas de ojos acá, no hay modo,
Pues ni ellos propios se ven.
Ojos los cielos me den
Que miren adentro y fuera;
¿Qué ves de la otra manera,
Lector, si no te incomodas?
Las faltas ajenas, todas:
¿Las propias? Ni una siquiera.